Rakiduam

Valeria Romina Colonnese

-El Chocón era una pequeña localidad ubicada a 80 kilómetros de la ciudad de Neuquén.

El lugar estaba poblado por 1.200 habitantes aproximadamente que usufructuaban de un gran río, con el cual se generaba energía eléctrica para proveer a la población. El Chocón se hallaba rodeado por un paisaje desértico que junto a las mesetas le propiciaban a la Villa un aspecto rural y apacible. Si bien hacia años este era solo un lugar de paso ahora se había convertido en un pujante lugar turístico tanto por la represa, como por sus paisajes, museos que albergaban los restos fósiles de dinosaurios, flora y fauna, entre otros atractivos.

Este pequeño pueblo estaba conformado por 5 barrios, diminutos comercios, un hospital, 2 escuelas ,1 comisaria, casas de fin de semana sobre la orilla del rio, una iglesia, y una sede de bomberos.

Las casas eran pequeñas y similares entre sí, testimonio viviente de épocas pasadas. De formas rectangulares, techos de tejas rojas y paredes blancas, patios definidos y contiguas unas a las otras. Las calles eran estrechas y asfaltadas, por las que cotidianamente transitaba Gabriel.

Gabriel era de contextura pequeña, flaco, de cabellos castaños y ojos marrones oscuros, uno más del pueblo. Cursaba su último año en la única secundaria del lugar, no era el mejor estudiante ya que solía olvidarse algunos trabajos, sobre todo de las materias que no le gustaban, pero se defendía desde la oralidad. Entre sus proyectos a futuro estaba estudiar en la ciudad más cercana, no tenía definido qué carrera elegiría, pero de eso se ocuparía más adelante.

De momento solo se concentraba en estudiar, juntarse con sus amigos que siempre le reprochaban algunos olvidos como sus fechas de cumpleaños y encuentros y estar con su madre a quien adoraba.

Gabriel nunca conoció a su padre, vivía con su madre que atendía una mercería, la cual era su sostén económico.

Su madre Mariela era una señora de unos 48 años, de cabello oscuro y contextura grande, de carácter apacible y dulce. Las arrugas del tiempo se hacían visibles en su rostro que era iluminado por grandes y pícaros ojos claros.

La convivencia entre ellos era cálida y armoniosa, rara vez discutían, pero cuando lo hacían era por cuestiones superficiales. Además de pasar tiempo con su madre Gabriel tenía su grupo de amigos: David, Agustín, Matías, José y Yamila, a quienes

conocía desde niños. Con ellos solía salir a recorrer el pueblo, incursionar las bardas, andar en bicicleta, pescar, remontar barriletes etc.

Una tarde como cualquier otra Gabriel esperaba a sus amigos, la hora transcurría y no aparecían, pensaba en que podía hacer. En su mente recorría varias posibilidades. En la realidad, ya había estado varias veces en muchos de ellos, el museo, la costa del río, las bardas, la represa, había agotado todas las actividades y experiencias posibles que le ofrecía su párvulo pueblo.

Aunque le gustaba su villa, Gabriel consideraba a través de sus diversos viajes a Neuquén, que ésta le ofrecía experiencias y atractivas posibilidades que ya no encontraba allí en su pueblo.

Sin noticias de los amigos de Gabriel, Mariela al regresar a su casa y ante los faltantes de insumos para la venta en su mercería le encomienda una tarea, necesita recursos para revender en su comercio, por eso le cede a Gabriel las llaves de su Renault 12, un listado con lo que debería traer, el dinero correspondiente, y una nómina de recomendaciones para llegar sano y salvo a la gran ciudad.

Gabriel se alistaba a la par que el sol se ponía, se dispuso a partir. Al llegar a Senillosa una pequeña localidad ubicada a 30 minutos de ambos puntos de encuentro, observó la melancolía del paisaje, el crepúsculo se posaba a espaldas de Gabriel, los anaranjados y oscuros azules tonos pintaban el cielo detrás, aunque esto no era sorprendente si lo era el registro de la ausencia de cualquier presencia humana a lo largo del camino recorrido que ya había sido transitado por él en infinitas oportunidades. Podía notar a través de las ventanillas de su vehículo, los negocios con luces prendidas, los semáforos en perfectas sincronías, la estación de servicios desierta, vehículos estacionados, rotiserías vacías…. este registro en su retina se hizo tan real y evidente que un escalofrió le recorrió todo su cuerpo.

Continuó su recorrido hasta el próximo semáforo, obligado a detenerse ante la luz roja, bajó su ventanilla intentando alcanzar algún sonido que lo conectara con la realidad, música, otro vehículo, voces, pero solo la brisa cálida de aquella tarde cayendo le rozó su rostro, y el ruido del motor de su Renault 12 era lo único que él escuchaba.

De repente el bocinazo de un gran camión cargado de manzanas, sobresaltó a Gabriel, observó sus manos sobre el volante las notó arrugadas y pálidas, no

recordaba que hacía detenido en ese semáforo, ni hacia donde se dirigía, ni cuánto tiempo había estado allí.

Estacionó sobre la banquina, bebió agua, lavo su cara ,tomo aire y recordó aquel joven de 20 años que se dirigía a realizar las compras a su madre, buscó en su bolsillo la lista con el pedido pero al ver su rostro reflejado en los vidrios de su vehículo que ya no era un Renault 12, se percató de su realidad ,no pudo explicar los silencios, las ausencias ni las jugarretas que le jugó su mente, los recuerdos de su infancia eran tan reales pero de aquel joven de 20 solo quedaba poco, él era ahora un hombre de 50 otro Gabriel con otra historia, otra familia, otro camino y los recuerdos que siempre estarán con él, su madre Mariela , su villa El Chocón , sus amigos eran ahora parte su historia , del recuerdo y pasado de su vida.

Aquel día Gabriel había encontrado en el bolsillo de una vieja campera azul una de las tantas listas de compras que le daba su madre. Comprar: elástico grueso, hilo de algodón, agujas, cintas varias, etc. Fue ese objeto que lo sumergió en aquel fantástico viaje del pensamiento.